



CARTA LINGÜISTICA.

Sr. Director de la EUSKAL-ERRIA.

San Sebastian.

Eibar 28 de Noviembre de 1885.

Muy Sr. mio y amigo de mi distinguida consideracion: Para concluir con lo que aún tenemos que decir respecto de los orígenes del lenguaje, nos proponemos en el presente artículo poner de manifiesto las inconsecuencias en que han caído los filólogos, que, despues de comparar las lenguas y sus voces á los organismos vivos de la naturaleza creada, se apartan, sin embargo, de sus mismas doctrinas, para incurrir en contradicciones que prueban su falta de fé y confianza en las verdades mismas que proclaman; de lo contrario, convendrian con nosotros en que las palabras, si bien son y viven por la virtualidad de una idea, como los seres á quienes se las compara por la virtualidad de un principio vital, han nacido á su vez, lo mismo que estos últimos, las unas de las otras por generaciones que no es dado conocer siempre al hombre, pero que se remontan de ascendiente en ascendiente hasta llegar á aquella primera palabra que no habiendo tenido antecesor alguno de quien nacer, tuvo que producirse en virtud de un principio distinto al de todas sus compañeras.

De este modo hubieran planteado la cuestion en el terreno á que les llaman sus mismos principios, formulándola en las siguientes preguntas: ¿Cómo nació aquella primera palabra, en la cual debian contenerse todas las demás, como en el primer viviente salido de las manos de Dios se contenian los seres todos de la creacion? ¿cuál fué el principio que la vivificó, y cuál su signo en la lengua?

Si hubieran procedido de este modo, hubieran llegado á conocer, con la certeza misma con que nosotros conocemos, que no es tan difícil, como se imaginan, precisar, fijar y determinar, si no la palabra generadora de las demás, (puesto que de ella no queda vestigio alguno en las lenguas modernas) por lo ménos el principio que la vivificó, y que no es otro que la idea de Dios, primera que ha alumbrado la inteligencia del hombre, como ya lo hemos demostrado ántes, y volverémos á hacerlo hoy, para confirmar mejor la doctrina euskara sobre la vivificación de la palabra por medio del nombre de Dios.

Si nosotros consultamos las obras modernas que se ocupan de los orígenes del lenguaje, advertiremos que todas convienen en que las interjecciones y los gritos naturales han sido los elementos primeros de la palabra humana; mas todos conocemos la diferencia esencial que separa la interjeccion, expresiva siempre de una sensación, y acto fisiológico, de la palabra hablada, expresiva siempre de una idea y acto psicológico, como conocemos tambien que toda diferencia se expresa en las lenguas por medio de signos, á que se ha dado en llamar características. ¿Cuál fué, pues, preguntamos nosotros, la característica de que se valió el hombre para distinguir la interjeccion-sensación de la palabra-idea? Si el bascuence (y lo que decimos de él es aplicable á toda lengua) distingue el nombre definido del indefinido por medio de la característica *a*, nota de situacion, el agente del paciente por la *k*, nota de actividad, el plural del singular por la *e*, nota de reproduccion, el posesor por la *n*, nota de posesion etc. etc., en una palabra, si á cada cambio en el sentido de la voz, ó en el estado del sugeto corresponde su signo, ¿cuál fué aquel de que se valió la lengua para señalar el cambio que sufrió la voz humana en su tránsito del estado de interjeccion al de la palabra hablada?

Para responder á esta pregunta en la que se contiene el secreto del nacimiento de las lenguas, fijémonos primero en que toda palabra filológicamente considerada, lo mismo que todo ser organizado para el naturalista, encierra dos afirmaciones fundamentales; una primera

la de que lo es, y llena las condiciones de tal en cuanto se halla animada de una idea, no importa cual; otra segunda, la del concepto particular espresado por ella: la primera comun á todas las voces, y su condicion obligada se halla contenida en la segunda, y es á la palabra hablada lo que el principio vital á todo ser organizado; esto es, su principio vivificante y como si dijéramos, su misma esencia; la característica, en fin, que separa la palabra hablada de toda interjeccion. Ahora bien; esta afirmacion que es la incógnita que nosotros buscamos, ha debido tener su signo en la lengua, puesto que no ha cruzado una sola idea por la mente del hombre, que este no la haya expresado por medio de su palabra. ¿Cuál ha sido, pues, preguntamos nosotros, el signo de que se valió el hombre para expresar aquella afirmacion, y cuál la idea que vivificó aquel signo?

Para responder á esta segunda pregunta, tengamos presente que si las palabras primeras fueron otras tantas interjecciones, fueron y debieron ser otros tantos nombres, puesto que esta parte gramatical es anterior y ha precedido á todas las demás, como el ser ha precedido y es anterior al conocimiento del mismo, el agente á la accion y el infinitivo rígido á las inflexiones del verbo, de modo que la pregunta ántes formulada puede modificarse del modo siguiente. ¿Cuál ha sido la característica de que se valió el hombre para separar la interjeccion, expresiva de sensación y acto fisiológico, comun al hombre y á los animales, del nombre gramatical expresivo de una idea y acto psicológico que solo es dado realizar al alma racional é inteligente del hombre? Tal es la pregunta á que vamos á contestar con una facilidad que debe sorprender á aquellos filólogos que en su pesimismo han llegado á creer que los orígenes del lenguaje no serian revelados al hombre. Pasemos, pues, á nuestro objeto.

Si fijamos nuestra atencion en las funciones que desempeña aquella parte gramatical, advertiremos fácilmente que el nombre es la afirmacion de una existencia, no importa cual, pero que es la condicion que ha de llevar para merecer el nombre de tal, puesto que, cuando imponemos el suyo á una cosa dada, cualquiera que sea, es innegable que comenzamos por afirmar su existencia que es en efecto anterior á toda otra manifestacion, como es tambien la condicion necesaria para que esta se produzca.

Ahora bien; toda existencia dimana de Dios, por cuya virtualidad son y viven, así las cosas, como los seres; y esta idea, que halla-

rémós grabada en la mente de todo hombre, por degradado que sea su estado, tenemos que hallarla igualmente grabada en su lengua, si la palabra humana ha de ser la fiel expresión del pensamiento. Mas Dios no existe para la lengua, sino mediante su signo, y como ninguna existencia es posible sin Dios, resulta que tampoco es posible sin su signo, el cual se convierte de este modo en la condición obligada de todo nombre, puesto que este es la afirmación de una existencia, no importa cual.

Así, pues, el signo de Dios, nota de toda existencia y condición de todo nombre, ha sido la característica que nosotros buscamos y la vivificadora de toda palabra: y como ha sido además la palabra primera que ha salido de los labios humanos, ha debido producirse en virtud de un principio distinto al de sus compañeros, si ha de ser verdadera la doctrina por nosotros sentada.

En efecto, repasen los lectores las análisis que llevamos practicadas antes de que adquiriéramos las luces que hoy poseemos sobre esta materia, y advertirán fácilmente que el signo de Dios ha sido en el bascuence aquella onomatopeya *i*, de la cual dijimos ser la exclamación que sale del pecho del hombre en sus angustias, y siempre que se halle poseído de aquel temor respetuoso que toda criatura siente ante la majestad y presencia de Dios, cuya grandeza espanta y cuyo poder confunde, abate y aniquila al hombre.

Resulta, pues, que aquella onomatopeya *i*, sin dejar de ser interjección, se convirtió en la palabra ó en el nombre primero con que la criatura ha saludado á su Criador, reuniendo de este modo un carácter doble que en vano hallará el lector en las demás interjecciones, puesto que todas sin excepción han sido provocadas por cualidades que dejarían de serlo, si el hombre por un privilegio, sólo concedido á su persona, no vislumbrara á través de los objetos y de sus cualidades, un sugeto generador en quien estas vienen á vincularse, y el cual no es otro que el misterioso principio de toda existencia, ser invisible, presente en toda cosa criada, y sin embargo, distinto de ella, causa primera de todo lo existente, y esencia de todas las cosas, en una palabra, Dios.

Las palabras, pues, como las ideas por ellas expresadas, han nacido las unas de las otras por generaciones que se enlazan entre sí, y se remontan de ascendiente en ascendiente hasta llegar á aquella primera que no habiendo tenido antecesor de quien derivar, tuvo que

producirse en virtud de un principio distinto, Dios, cuya idea ha sido la primera que ha alumbrado la inteligencia del hombre, como ha sido también la que ha vivificado el primer signo de las lenguas.

Resumiendo cuanto llevamos expuesto, resulta que sin salir del terreno de la razón y de la más rigurosa lógica, y apoyándonos además en las verdades filológicas mejor demostradas, hemos llegado á poseer el misterioso signo de la palabra humana, el cual es al lenguaje, creación del hombre, lo que el primer viviente es á la naturaleza, creación de Dios, esto es, su principio fecundante y el germen primero de que han de nacer más tarde la serie infinita de las voces, que posee el género humano, como de aquel primer viviente nacieron la serie de los seres que pueblan el universo. ¿Cómo se operó, pues, la misteriosa obra de aquellas primeras generaciones de que habrán de salir las lenguas habladas? ¿Cómo mostró su virtualidad aquel primer germen de la palabra humana? Esta segunda pregunta será el objeto del artículo siguiente.

Entre tanto daremos fin al presente suplicando al lector nos dispense nuestra reiterada insistencia sobre esta materia, por el mucho interés que ofrece, tanto para el progreso de la filología, como para el enaltecimiento de nuestro querido bascuence, providencialmente llamado á sacar la lingüística del inútil caos en que hoy se agita para elevarla á la categoría de una verdadera ciencia, basada en un principio cierto, la idea de Dios, regida por leyes conocidas, las de la inteligencia del hombre y sujeta á reglas que todos podemos aprender en nuestras respectivas gramáticas.

Con este motivo tiene el mayor placer en saludarle cordialmente este su afmo. S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ DE GUIASOLA.